



## 2. La izquierda contra el franquismo

### El choque contra la Transición

Miguel Romero

La historia de la LCR se funde con la de su periódico, *Combate*. Leyendo *Combate* se conocen no sólo las ideas y las iniciativas de la organización; también se percibe, más o menos entre líneas, su pulso, los estados de ánimo de los militantes y de la dirección.

La mitificación del *Qué hacer* de Lenin –el periódico como organizador y centralizador colectivo del partido clandestino– tuvo un peso inicial en la atribución de ese papel predominante a *Combate*. Pero fue sobre todo la lógica de la acción militante la que, de una manera natural, lo estableció así pese a que en la Liga se producía muchísimo “papel” (panfletos, boletines de empresa y sectoriales y, especialmente, boletines internos por todas partes, reflejo abrumador, y hasta emocionante dadas las circunstancias, del cuidado por la democracia interna, por no dejar que la clandestinidad la sofocara, por dejar constancia por escrito de los debates y ponerlos a disposición de los militantes). La organización se dirigía desde el periódico y sacar el periódico significaba asumir la obligación de analizar la situación, plantear objetivos, informar de luchas que sólo podían conocerse por medio de él. En la clandestinidad, tocar *Combate* era como abrazar a la Liga. Sin duda, para conocer la historia de la organización hay que recurrir también a otras fuentes; pero para conocer la vida de la Liga, no hay medio mejor que *Combate*.

Este artículo va a tratar de cómo vivió la Liga, y por tanto qué se escribió en *Combate*, entre la muerte de Franco y los Pactos de la Moncloa. El título del artículo resume en cierto modo la conclusión: la Liga “chocó” con la Transición y salió muy dañada del choque. A veces leer *Combate* es una experiencia gratificante, aunque también a veces es inquietante (*pero, ¿cómo pudimos hacer eso o aquello?*). Hay en todo caso, muchas más luces que sombras en la experiencia de la Liga durante esos años. Pero debemos recordar las dos.

**Combate nº 41. 1 de diciembre de 1975. “¡Libertad para los presos políticos!”.** En la portada, el título no es más grande porque se saldría del papel. Franco ha muerto y la Liga responde no con una retahíla de consignas, sino concentrando la atención en lo fundamental: la libertad de las y los presos políticos, el libre regreso de las y los exiliados es entonces la clave de la ruptura. Expresa así además la necesidad, y el deber, de proteger a quienes

están en la cárcel, en condiciones especialmente duras que se denunciaban en el periódico. “*A nosotros nos tienen seguros en sus manos*”, escribían nuestros presos del Penal del Puerto de Santamaría. Y añadían:

...las condiciones en las que vivimos, el sadismo y la persecución constante por parte de los carceleros, las provocaciones, amenazas y castigos que llueven sobre nosotros, nos hacen temer lo peor (...) Si algo nos ocurriera, será un vil asesinato más, en la larga cadena de crímenes del franquismo...

Se han recordado muchas veces los brindis con cava, o con lo que cada cual tenía a mano, para festejar la muerte del dictador. Y por supuesto que hubo brindis, y abrazos, y alegría,... Pero no fue ese el clima político de las semanas posteriores, sino una mezcla de expectativas y angustia. No conseguir arrancar a los presos de las cárceles fue el primer signo de la dureza de las luchas que estaban en el horizonte.

La Liga comprende bastante bien las condiciones políticas básicas de la dictadura sin Franco. Unos días antes de la muerte del dictador, la revista de la IV Internacional, *Inprecor*, publicó un editorial escrito probablemente por alguien de la dirección de la Liga, en el que se decía:

Los hechos confirman el diagnóstico de los revolucionarios: solamente cuando las masas hagan fracasar todos los planes de cambio en la continuidad (del franquismo); cuando la situación prerrevolucionaria se haga una realidad, entonces la gran burguesía proclamará abiertamente su ruptura con el ‘franquismo sin Franco’, es decir, aceptará la legalidad del movimiento obrero y sus organizaciones como única solución de recambio a la eventualidad de un enfrentamiento directo de las masas con el Estado burgués, con miras a la destrucción de éste. Todos los planes de la oposición reformista –del PC y del PS– tienden a la creación de estructuras políticas que permitan la afluencia del movimiento de masas hacia canales que sean compatibles con el mantenimiento del Estado burgués y de la economía capitalista.

Con estas ideas, fue posible orientarse razonablemente bien en los meses posteriores.

Pese a que la lucha política contra “el franquismo sin Franco” era la cuestión fundamental en aquellos momentos, *Combate* dedica mucho espacio a la acción sindical contra el “plan de ajuste” aprobado en el primer Consejo de Ministros presidido por el recién coronado Rey. El periódico reproduce la plataforma reivindicativa de la Coordinadora de Euskadi de CC OO (CECO) –que agrupaba a la “izquierda sindical”, mayoritaria en Euskadi, salvo en la margen izquierda de Vizcaya, feudo de la Comisión Obrera Nacional de Euskadi (CONE), fruto de una división impuesta por el PCE–. La plataforma combina reivindicaciones sociales (aumentos salariales lineales, a igual trabajo igual salario, medidas contra el paro, jubilación a los 60 años...) y políticas (amnistía, libertades democráticas, disolución de las fuerzas represivas, derecho de autodeterminación...). Esta orientación socio-política no era un discurso ideológico; por el contrario, marcará el extraordinario período de huelgas que caracterizará el primer semestre de 1976.

Tampoco se entendía como un tema de simple propaganda otro eje fundamental de la Liga: la política unitaria. Por ejemplo, *Combate* informa de los esfuerzos que están realizando las CECO para lograr la unidad con CONE, dirigiéndose a ella en estos términos:

Sabemos de vuestro trabajo en fábricas y tajos en pro de movilizar a toda nuestra clase. Sabemos de vuestros deseos de unidad. Entonces, ¿a qué continuar divididos? (...) Hagamos participar en la solución de estos problemas al grueso de trabajadores en asambleas... y es seguro que nos prestarán una ayuda decisiva para conseguir lo que todos buscamos, la unidad más estrecha de todas las CC OO.

La Liga propondrá ampliar esta unidad a otras organizaciones sindicales vascas (LAB, Comités,...) con las que se había coincidido en la acción de la última huelga general. Pero el PCE no estaba en absoluto por la labor de unificar nada que no dirigiera, y finalmente cada organización se mantuvo, aunque la orientación y la presión unitaria fue un estímulo visible en ese semestre de 1976 en el que la ruptura estuvo al alcance de la mano.

Así, en la incierta situación posterior a la muerte de Franco, la Liga es una organización bien conectada con la dinámica de los acontecimientos. Pero también puede decirse que los acontecimientos “conectaban bien” con la Liga. Había condiciones muy adecuadas para una organización activista, empírica, unitaria y radical. Eso es lo que explica que durante el año siguiente tuviera el mayor período de crecimiento de su historia.

El gran objetivo de la Huelga General sólo estará en la portada de *Combate* en el número siguiente, nº 42, 15 de diciembre de 1975, cuando puede apoyarse en la experiencia de la jornada de acción que el 11 de diciembre movilizará a miles de antifranquistas en Catalunya, Euskadi y Madrid. Pero ya entonces aparece junto a los llamamientos a asambleas y organismos unitarios “de clase” a todos los niveles, un tema de propaganda que irá ganando peso en los meses posteriores: “...la unidad de acción de todas las organizaciones políticas obreras impulsando estas tareas [el desarrollo de esos organismos unitarios] y abriendo con ello la perspectiva de un gobierno auténticamente representativo del propio movimiento de masas, de un gobierno sin concesiones ni acuerdos con la burguesía, de un Gobierno de los Trabajadores”. En aquellos momentos, era una fórmula general para criticar las propuestas de “gobiernos provisionales” dirigidos por personajes burgueses, que no representaban ni a sí mismos, difundidas por la “oposición democrática”. No tenía mucha importancia: sobrevolaba por encima de lo realmente importante, la práctica apasionante de cada día, construyendo la posibilidad de la Huelga General por los objetivos fundamentales para la ruptura con el “franquismo sin Franco”: la amnistía, la disolución del aparato represivo, las libertades democráticas, la autodeterminación, las reivindicaciones sociales contra el “plan de ajuste”, las elecciones constituyentes. Pero más adelante, cuando la movilización social declinó, el “Gobierno de los Trabajadores” se convirtió en una consigna central, concretada como “Gobierno PSOE-PCE”. Volveremos sobre este tema, que resume bien las dificultades políticas de la Liga para afrontar la Transición.

**Combate nº 55-56. Julio-Agosto 1976. “Para los revolucionarios es el momento de la audacia”.** El desarrollo sociopolítico de los acontecimientos a lo largo del año 1976 puede representarse por un diente de sierra, prácticamente simétrico. En el primer semestre tuvo lugar un enorme desarrollo de las organizaciones y movimientos de luchas (cerca de 18.000 huelgas, equivalentes a 150 millones de horas de trabajo, sólo en el primer trimestre de 1976; extensión territorial y social del movimiento contra la dictadura, abarcando a sectores significativos de las “capas medias”; masificación de movimientos por la autodeterminación, especialmente en Euskadi y Catalunya; amplias respuestas solidarias frente a la represión policial y los atentados fascistas, etc.). Este movimiento social logró en sólo unos meses la caída del primer gobierno de la monarquía. Entonces, en la conciencia de la gente movilizada de cualquier tendencia política, “ruptura” equivalía a hacer “*tabla rasa*” del aparato político y represivo de la dictadura. Y éste era considerado, con razón, como un objetivo tan necesario como posible. Lo fue especialmente en el mes de marzo, cuando la respuesta indignada a los crímenes de Vitoria significó un toque a rebato por la Huelga General, que fue desoído por la “oposición democrática”.

Pero tras el nombramiento de Adolfo Suárez como presidente del segundo gobierno de la monarquía en julio de 1976, el diente de sierra tomó el curso descendente. En menos de un año, hasta las elecciones generales de junio de 1977, se provocó una inversión transcendental en la relación de fuerzas: cuando el movimiento por la “ruptura” mantenía la iniciativa en la calle, la iniciativa política fue entregada por el PCE y el PSOE, bajo las siglas de la Coordinación Democrática (creada, no por casualidad, inmediatamente después de los acontecimientos de Vitoria) al Rey y a Suárez, es decir, a la “reforma”. Así la burguesía española pudo, a muy bajo precio, empezar a superar su gravísima crisis política hasta conseguir imponer la Transición.

*Combate* respondió al nombramiento de Suárez, entendiendo bien que partía de una situación de debilidad, pero sin comprender aún el proyecto político que encarnaba. Un planteamiento voluntarista, pero lógico en aquellos momentos, contaba con una “parálisis” de las políticas de negociación con el entramado de “reformadores” del franquismo, y no podía prever la futura capitulación ante él de los partidos mayoritarios de la izquierda:

Para los revolucionarios es el momento de la audacia. Por una parte, hay que aprovechar la debilidad del gobierno para lanzarse a fondo por la conquista de la legalidad del todo el movimiento obrero. Por otra, hay que aprovechar las experiencias concretas que millones de trabajadores van a hacer en la propia lucha de su propia fuerza y de la parálisis política a que conduce la colaboración con la burguesía para imponer a las direcciones obreras reformistas su ruptura con los pactos interclasistas. Ambas batallas están firmemente unidas y ambas se van a producir en la lucha por la Huelga General. ¡Por la amnistía total. Por la legalización inmediata de todos los partidos obreros. Por la convocatoria inmediata de elecciones constituyentes, Por la autodeterminación de las nacionalidades. Preparemos la Huelga General!.

Este número de *Combate* es el que tenían en las manos los delegados al “Congreso de Montpellier” (organizado en esa ciudad del sur de Francia, gracias a la inolvidable solidaridad de la “organización hermana”, la LCR francesa). La organización cambió entonces cambió su nombre de LCR-ETA (VI) a LCR, más apropiado para una conquista de la legalidad que parecía próxima, pero tardaría aún más de un año en llegar. Algunos datos publicados en *Combate* nº 57, 1ª quincena de septiembre (el periódico ya “se atreve” a hacer explícita su periodicidad) son interesantes: la media de edad de la organización es de 23 años; un 32% son mujeres (pero sólo el 9% del Comité Central elegido en el Congreso). El 60% de los militantes son asalariados(as), de los cuales el 40% trabajan en la industria. El 29% son estudiantes. Sólo el 18% militaban en la Liga cuando la unificación entre LCR y ETA VI en diciembre de 1973. El 28% de los miembros del CC han estado en la cárcel; en su conjunto, suman 38 años y 10 meses de prisión. La media de edad del CC es de 28 años. El número de militantes se ha multiplicado por tres entre junio del 75 y junio del 76.

En *Combate* nº 58, 2ª quincena de septiembre, el editorial se refiere a la cuestión política más compleja y que mas dificultades venía creando a la organización ya desde las postrimerías del franquismo: las relaciones con los organismos llamados de la “oposición democrática”: en un principio, la Junta Democrática (1974), controlada por el PCE, en la que participaba el PTE; la Convergencia Democrática (1975), controlada por el PSOE, en la que participaban el MC y la ORT; ambas unificadas en la Coordinación Democrática (1976).

En nombre de la unidad de la ‘oposición democrática’, las organizaciones obreras integradas en Coordinación Democrática renuncian a impulsar la acción centralizada y unitaria de las masas. Frente a esa ‘unidad de la oposición’ es necesario establecer la unidad del movimiento obrero y de todas sus organizaciones. Para preparar y organizar la HG (...) Esta HG desbaratará todo el intento de mantener el régimen franquista y la monarquía asesina (así se la llamaba desde Vitoria), imponiendo la convocatoria de una Asamblea Constituyente que proclame la República.

La Liga no participó en esos organismos y dedicó mucho tiempo y mucho esfuerzo a criticarlos. Fundamentalmente, las críticas se centraron en la ausencia de sus programas de reivindicaciones fundamentales para la ruptura con el franquismo; sus rechazos sistemáticos a basar las propuestas políticas en la movilización social, abandonando en la práctica el objetivo proclamado de la Huelga General; y la orientación hacia un acuerdo negociado con el gobierno y la Monarquía, formulada entre líneas por la Junta Democrática, incluso antes de la muerte del dictador, y asumida abiertamente por la Coordinación Democrática al primer signo de atención del gobierno Suárez.

Todas estas razones estaban bien fundadas y contaron con pruebas prácticas indudables. Pero condujeron a un cierto aislamiento político, en la medida que la Liga era la única organización significativa a la izquierda del PCE que no formaba parte de esos organismos, que funcionaban como referentes “unitarios” para la mayoría de la gente movilizada. La inexistencia de órganos realmente unitarios de

base, en los que se pudieran compartir ideas y experiencias, creaba una situación aún más difícil. La Liga estaba obligada a que sus alternativas políticas tuvieran un carácter meramente propagandístico, difundido solamente por las propias publicaciones, sin apenas posibilidad de desarrollar iniciativas políticas con influencia práctica. No fue un problema demasiado importante en la etapa de ascenso del movimiento, pero se fue agravando a medida que la “reforma negociada” fue ganando peso como alternativa pretendidamente “realista”, sin que fuera posible desbordarla. Hubo esfuerzos para intentar reunir las fuerzas necesarias para ese desbordamiento: desde finales de 1976, la Liga propuso a ORT, PTE y MC llegar a acuerdos políticos unitarios para responder a la “reforma”, sin resultados.

Ese relativo aislamiento político potenció el uso de “consignas centralizadas”, o más bien que pretendían serlo, con un enfoque doctrinario, alejado de la realidad. Así lo mostró la traducción de la fórmula general de Gobierno de los Trabajadores al “Gobierno de los Partidos Obreros”, explicada así en *Combate* nº 67, 1ª quincena de febrero:

(...) hay que propagar entre la clase que es ella misma quien posee la respuesta a los problemas de la sociedad, que son los partidos en los que confía quienes deben gobernar, apoyándose en las organizaciones de los trabajadores, responsabilizándose ante ellos de llevar a la práctica todas las reivindicaciones obreras.

Explicar racionalmente esta posición cuando “*los partidos en los que confía*” la clase obrera, son muy mayoritariamente el PSOE y el PCE, es decir, los mismos a los que se critica precisamente por no llevar a la práctica “*las reivindicaciones obreras*” era una tarea imposible.

**Combate nº especial. 20 de febrero de 1977. “Por la unidad obrera ante las elecciones”.** La Liga lucha por imponer su legalidad y *Combate* adquiere el formato de un periódico de kiosko, más o menos tabloide. El periódico está dedicado, por supuesto, a los militantes que siguen en prisión. Antxon Karrera y José María Galante, que poco antes estaban con ellos, escriben:

... Hoy quisiéramos hacer saltar los cerrojos de todas las cárceles en que os tienen encerrados la Monarquía para poder fundirnos en un solo abrazo y gritar mas fuerte que nunca: ‘Iraultza ala hill’. Besarkada irauale bat [‘Revolución o muerte’. Un abrazo revolucionario].

Ante las próximas elecciones, la Liga hace una propuesta unitaria: “*candidaturas obreras únicas en base a una respuesta común* (amnistía y libertades; autodeterminación; contra el pacto social; elecciones libres a una Asamblea Constituyente que proclame la República) *a las cuestiones más urgentes del momento, sin impedir por ello que cada partido ejerza su derecho y su deber a difundir la totalidad de su programa ante los trabajadores*”. Razonable, pero irrealizable. EL PCE sentía próxima su legalización y esperaba obtener un gran resultado electoral. Las organizaciones de la izquierda radical, PTE, ORT, MC, preparaban sus propias plataformas para sortear la ilegalidad, también con extremo optimismo sobre sus votaciones.

El 18 de abril, se hace público el acuerdo para constituir el Frente por la Unidad de los Trabajadores” con OIC y Acción Comunista (AC). OIC era la organización más próxima a la Liga desde un punto de vista programático y tenía una fuerza militante significativa. AC era prácticamente sólo una sigla; nunca se tomaron en serio el acuerdo y abandonaron el FUT al final de la campaña, adoptando una posición de boicot.

La Liga insiste en dar al FUT un enfoque unitario:

(...)Nuestro propósito no es convertir al FUT en un nuevo instrumento de división del movimiento obrero sino por el contrario hacer que todo el potencial revolucionario de los que apoyen este frente revierta en propuestas de acción sistemáticas dirigidas a los militantes y simpatizantes de los partidos obreros.

Pero una campaña electoral es una competencia. Incluso en *Combate*, buena parte del espacio sobre la campaña electoral estaba dedicado a criticar a las demás candidaturas “obreras”.

La legalización de la candidatura obligaba a recoger firmas: una por mil en cada circunscripción, con un mínimo de 500 firmas. Se recogieron en 23 provincias, pero fueron invalidadas por las juntas electorales, con argumentos arbitrarios, en cinco de ellas. La Liga no fantaseaba sobre sus resultados: *“estos votos (del FUT) cuentan, quizás no en las estadísticas electorales, pero si en la conciencia de amplios sectores de trabajadores”*.

### **Combate nº 77, 24 de junio. “Victoria de los partidos obreros” (?)**

El 15 de junio, la UCD obtiene 166 diputados, una mayoría parlamentaria cómoda para gobernar aunque, la ley D’Hont no estaba impuesta por casualidad, la suma de los votos de la izquierda fuera superior. *Combate* lo considera una “victoria”; bueno, digamos una “victoria moral”, pero unas elecciones las gana quien gobierna a continuación. La conclusión política de la Liga es un brindis al sol: *“Los partidos obreros deben plantear su candidatura al poder”*. Consciente de la falta de base de la propuesta, el texto añade: *“No tenemos confianza en que vayan a hacerlo, pero no dejaremos en la batalla”*. Es una batalla sin sentido.

El FUT obtuvo algo más de 40.000 votos (0,22%) en 15 provincias; en otras tres, las candidaturas se retiraron en el último momento. Como suele ocurrir, la campaña fue mucho mejor que la votación. Las cuentas de *Combate* están bastante exageradas: 200.000 personas en los mítines y un gran despliegue de propaganda: 200.000 periódicos en las castellano, catalán, euskera y gallego; 40.000 programas...; pero incluso dividiendo por dos, dan idea de una campaña y de un esfuerzo material potente para una organización ilegal.

El estado de ánimo de la organización se refleja en el título del artículo que analiza los resultados de la izquierda radical: “Prólogo a la crisis de la extrema izquierda”. El texto comenta los cálculos insensatos de los demás partidos a la izquierda del PCE: el PTE pronosticó que obtendría entre 15 y 20 diputados, de los cuales 3 en Sevilla; obtuvo en total 120.000 votos (0,67%) en 40 provincias. La ORT contaba con obtener de 8 a 10 diputados; obtuvo 77.000 votos (0,42%). El MC presentó candidaturas con diversas siglas; esperaba un 3% en Madrid; obtuvo el 0,2.

Participó en el único éxito de la izquierda radical: la elección de Francisco Letamendia por la coalición Euskadiko Ezkerra (9,42% en Guipuzkoa).

Se nota el malestar con que está escrito el artículo, que trata de una forma sectoria a la OIC, rechazando con cajas destempladas, en nombre de la “*unidad de los trabajadores*”, su propuesta de que el FUT sirviera para impulsar un “*movimiento popular anticapitalista*”. El lamento porque la campaña no haya servido para una “*aproximación*” entre la Liga y la OIC no suena sincero. Fue, en realidad, un fracaso importante que no se valoró adecuadamente en su momento. En 1979, una OIC diezmada entró en el MC.

**Combate semanal nº 82. “Pacto de la Moncloa no. Unidad Obrera sí”.** La Liga ha sido legalizada a finales de septiembre. *Combate* pasa a ser semanal. La nueva etapa se inicia con una noticia amarga:

Sólo dos días antes, el 6 de octubre, a pesar del frío y el aguacero, 500.000 trabajadores habían gritado en las calles de Madrid: ‘Unidad sindical contra el pacto social’. Era jueves. El sábado las direcciones del PSOE, PCE y PSP firman con la UCD y los demás partidos burgueses el pacto social. En Madrid se había gritado: ‘No se ve, no se ve la bandera de la UCD’. Las direcciones de los partidos obreros mayoritarios se encargaron dos días después de sacar del fango esta bandera y lanzarla contra los trabajadores...

Ha triunfado la Transición. Y la Liga sigue aturdida, repitiendo como un disco rayado una salida política cada vez con menos sentido:

En las luchas sociales y políticas que están ante nosotros, buscando en ellas el fortalecimiento de la unidad y la combatividad de los trabajadores, nos esforzaremos por convencer a la clase obrera de que para resolver los problemas de la sociedad, debe plantear su candidatura al poder, exigiendo a los partidos en que mayoritariamente confía, el PSOE y el PCE que formen gobierno...

En octubre de 1978, tuvo lugar el V Congreso de la LCR. Incluyó una autocrítica pública en la que se señalaron tres errores: –”... *ha existido una subestimación de la capacidad evolutiva de la burguesía y de su margen de maniobra; –la confusión entre la necesidad de una orientación hacia la Huelga General Política y el hecho de que esta eventualidad fuera la única posible...; –una visión un tanto espontaneísta del ‘salto’ que debía dar el movimiento para que se produjera la Huelga General Política*”.

Faltó añadir el que me parece más importante. La organización más unitaria de la izquierda, terminó convirtiendo la unidad en una doctrina sin política. Pasaron dos años durísimos antes de volver a una concepción política de la unidad, que fue la que estuvo en el origen de la fundación de la Liga, orientada a influir en la realidad, no a hacer propaganda; basada en la capacidad de iniciativa propia, no en emplazamientos estériles a los “partidos mayoritarios”. Esa fue la intención de lo que llamamos “Partido de los Revolucionarios”.

**Miguel Romero** es editor de *VIENTO SUR*.